

C ARTA DESDE ROMA

Tú también me dejas solo. Después
del cuento del niño y los abedules
y la aventura de una piedra que rueda bajo el mar
me dejas extenuado en la vergüenza de haberte poseído
y este no ser luna y dormir
como una perla rota.

Revisé a mis esclavas por si te hubieras muerto.
Convoqué a las legiones por si te hubieras muerto.
Hice parir a las lobas de mi cuarto por si tú aparecías.
Yo mismo saqué a Roma desde una antorcha a otra.
Los aurigas murieron de frío en el camino:
los carruajes abrieron sus puertas una vez:
parece que llegabas.

Y los heraldos regresaban mutilados, sin noticias, con
rostros de quienes vieron
algo más poderoso que el César: la tristeza.
En el Senado me acusaron por el fin del imperio
pero yo sólo hablé de ti, del anillo sediento que es tu
ombligo.

Ya prégonan mi muerte por el pueblo. No los entiendo bien.
Dicen, creo, que tú levantaste un cuchillo a medianoche
y mientras los perros bebían mi sangre en el traspatio
sólo dije: Tú también me dejas solo.

Ah, pero, espiga mía, hueles más dulce que el incienso,
hueles a un nacimiento lejano en el Oriente.

A, pero, espiga mía,
más delicada que las resinas de las antiguas tierras,
ah, tú, viajera a quien lloré la limosna de su sexo

como un niño perdido entre abedules,
tú contestarás en el nombre de la Melancolía,
ahora que no quedan de ti sino los restos míos;
hoy que no cobro en talentos sino en noticias tuyas;
hoy que mi dedo pulgar y la Galia se confunden;
tú contestarás el por qué de este hombre
masticando un postre amargo,
decidido a pactar con tu ausencia alguna paz sin filos,
digamos que en el centro torrencial de la materia,
en su asilo de sucias camisas y lanzas como adornos,
o en el foso de sus propios leones
y que está rugiendo sin fin, asomado a las claraboyas,
porque extraña la arena mortal de las espadas,
porque te extraña.